

CRÍTICA A UN MODELO EJECUTIVO INSOSTENIBLE

David Quiceno Rendón⁸⁴

⁸⁴ Estudiante octavo semestre Administración de Empresas de la Universidad Nacional de Colombia. Estudiante de Ciencias Políticas de la Universidad Autónoma de Manizales. dquicenor@unal.edu.co

Resumen

El control de productos como el maíz, base de producción y fabricación de muchos otros productos, por parte de compañías como Monsanto; un sistema de salud deficiente cuyo objetivo no es el bienestar de las personas, acaso el monto que puedan aportar; el sistema correccional que no busca la rehabilitación de los procesados, sino que se convierte en foco de criminalidad. Son apenas ejemplos de la corrupción existente en cualquiera de los ámbitos en los que nos movemos a diario. El reconocer que vivimos en una sociedad corrupta y la aceptación de la culpa son el primer paso en la búsqueda del cambio. La propuesta de este artículo es a la reflexión de los daños causados por un modelo de desarrollo tendiente a la exportación, y la actitud ambiciosa de la comunidad que, pese a que aparentemente rechaza de forma airada la corrupción, acoge decidida el lujo y la suntuosidad.

Palabras clave

Corrupción, Industria alimentaria, gobierno, educación.

Abstract

Control products such as corn, production and manufacturing base for many other products, by companies like Monsanto, a poor health system whose goal is not the welfare of the people, perhaps the amount you can contribute, the correctional system not seeking the rehabilitation of the accused, but becomes a focus of crime. These are just examples of corruption in any of the areas in which we move daily. Recognizing that we live in a corrupt society and acceptance of guilt is the first step in seeking change. The purpose of this article is a reflection of the damage caused by a development model aimed at export and ambitious attitude of the community who, although apparently angrily rejects corruption, determined welcomes luxury and sumptuousness.

Keywords

Corruption, Food industry, government, education.

"Los hombres fingien respetar la Ley, pero solo se inclinan ante la fuerza"

Albert Camus (Paráfrasis)

La corrupción está en todos lados, a toda hora, todos los días de nuestra vida. Esta afirmación, que puede sonar paranoica, es una de las contrariedades más fuertes de nuestra época. Advierto que seguiré trabajando sobre ella, pero propongo reducirla para los puristas: la corrupción es un fenómeno generalizado, mayoritario, enquistado en algunas de las visiones más dóciles de nuestra civilización. Su omnipresencia la escudan décadas de teoría económica que han convertido a la libertad (en concreto la comercial) en el valor absoluto de la modernidad. Se nos dice que la sociedad terminará por autorregularse, que los individuos, pese a un egoísmo innato que se nos atribuye, antepondremos las necesidades colectivas a las propias. Lastimosamente la realidad termina por desmentir estas suposiciones. Para el empresario medio todo lo legal vale. Para el radical incluso lo que no.

La corrupción está en todos lados, a toda hora, todos los días de nuestra vida. No hace falta ir al congreso, ni escarbar en reuniones clandestinas. Para ser víctima no hay que estar muriendo de hambre en África, ni esperar a que la policía secreta te saque de la cama a empujones o que la casa se inunde. El documental sobre la industria alimentaria norteamericana, Food, Inc. (Kenner & Pearce, 2008), nos muestra cómo se encuentra dentro de cada mordisco que damos. Por supuesto, la idea del director consistía en exponer un régimen diferente al nuestro, en el que las hamburguesas cuestan menos que las lechugas y esta disposición presiona hacia la obesidad las clases bajas. En países como Colombia, con una agricultura más variada (en principio diseñada para alcanzar ciertos niveles de sostenibilidad, pero en la actualidad bajo graves reformas que buscan, en cambio, una quimérica competitividad), los pobres sobreviven en una dieta de pocos almidones, de suerte que el estereotipo suele ser delgado, famélico y, en algunos casos, esquelético. En contraposición, la riqueza (la vida de restaurante que para los americanos es casi obligatoria y que los sudamericanos consideramos un lujo) construye un tipo de individuo afelpado, rosadito, regordete. Esta diferencia tiene la más simple de las explicaciones: se siembra lo que se pide, se recoge lo que se siembra, se come lo que se recoge (o lo que se puede).

Cuando entramos a un supermercado nos embarga una sensación de variedad, casi de plenitud. En palabras de Kenner: el sentimiento de tener ante nosotros una cornucopia de posibilidades (Kenner & Pearce, 2008). Esto, explica Eric Schlosser, no es más que una ilusión. La realidad es que en la agricultura estadounidense sobresalen cuatro artículos: el tabaco, el algodón, la soya y el maíz. Pero son estos dos últimos los que sostienen de verdad todo el sistema (Schlosser, 2012). Del maíz se extrae el edulcorante con que se endulzan las gaseosas, la maltodextrina con la que se le da el sabor a las hamburguesas, el glicerol con que se producen los antigripales, el ácido ascórbico que conserva la salsa de tomate, el xantano con que se potencian los venenos, se engrasan las máquinas petroleras y se espesan las cremas, las lociones, los jugos y los fármacos. El ácido cítrico para las bebidas, la sacarosa para la miel industrial, el etanoato etílico para las papas a la francesa, el polvo para hornear pasteles, incluso la base para el talco y los pañales de los bebés. Estamos hablando del ingrediente universal, el insumo más explotado del planeta. Todo es soya y maíz: los helados, las pilas, el queso, las galletas, la tinta de las impresoras, el carbón. Esto por no mencionar los obvios: las arepas, los panes, las tortillas y los cereales con que desayunamos cada mañana. El profesor Larry Johnson, de la Universidad de Iowa, sostiene que al menos el 90% de los productos del supermercado contienen ingredientes de maíz o de soya, en la mayoría de los casos ambos (Kenner & Pearce, 2008). Como si esto fuera poco, a la postre la industria de carnes es también una cliente activa de la producción de maíz. Con maíz se engordan los pollos, las reses y los cerdos, a punta de subsidios, ha llegado a ser más barato que el mismo pasto. Y ha permitido lo que los granjeros tradicionales consideran una abominación: criar el doble del tamaño en la mitad del tiempo. Algo cruel, según muestra Kenner, porque el crecimiento acelerado atrofia el organismo a tal punto que muchos animales no llegan a dar dos pasos antes de desplomarse.

De todo esto se desprende una inferencia: quien controla el maíz controla una buena tajada del mundo. Y no lo hacen los agricultores, ni el gobierno, ni la gente de un país, sino unas cuantas empresas. El concepto es novedoso, aunque lo vienen trabajando desde los años ochenta, con la venia de la Corte Suprema de los Estados Unidos: patentes sobre la modificación genética de las plantas. Funciona así: el principal proveedor de herbicidas, Monsanto, desarrolla un potentísimo producto a base de glifosato llamado Roundup. Este producto, muy

efectivo contra malezas, deteriora también la calidad de la cosecha sobre la que se rocía. En respuesta, la empresa saca al mercado unas semillas resistentes genéticamente modificadas⁸⁵ pero advierte, y pasa por legislación para garantizar la calidad de los cultivos, que quien use sus granos no podrá plantar otros. A renglón seguido crea un equipo de setenta y cinco investigadores y espera, literalmente, que el viento se lleve los granos para poder demandar todo cultivo donde sean encontrados sin autorización. De ahí en adelante se trata de una competencia monetaria neta: quien apile más dinero, contrate más abogados y demande más veces. Y ningún granjero tiene más dinero que una multinacional como Monsanto. Así los agricultores, aun habiendo decidido usar sus propias semillas, se ven obligados a pagar enormes multas por daños a la propiedad intelectual. En los mejores casos se llega a un acuerdo para plantar, desde ese día y para siempre, los granos Monsanto (Kenner & Pearce, 2008). Uno de muchos ejemplos rebosantes de injusticia, que afecta cada compra que hacemos en el supermercado.

La corrupción está en todos lados. Lo peor que puede hacer una sociedad es depender de ella, cediéndole a los intereses monetarios las áreas más sensibles de la construcción social. En Sicko, (Moore, 2007) Michael Moore se esfuerza por mostrarnos cómo en regímenes socialistas y capitalistas, bajo gobiernos liberales, parlamentarios, monárquicos, estatistas y comunistas, la salud es siempre mejor manejada por el Estado (la representación teórica del pueblo) que por los intereses particulares, como se usa en Colombia y en Estados Unidos. Tratar la salud como un negocio deriva en el peor sistema de atención de pacientes que el mundo contemporáneo ha conocido, donde quienes no pueden pagar las cuentas son arrojados en las esquinas, por camionetas sin placa, como perros en una película de *gánster*. Llega a tal extremo la situación escarbada por Moore que a comparación del privado, el sistema de salud de la cárcel de Guantánamo parece eficiente, justo y económico. Para los presos hay remedios, procedimientos, enfermeras. Para los ciudadanos, entre otros para la policía, en esencia juicios interminables, negativas y precios exagerados. En aras de la reducción de costos las EPS mantienen equipos de asesores

⁸⁵ La principal, propiedad de Monsanto, se denomina NK603. 26 variedades de maíz genéticamente modificado se permiten en Colombia. Sobre sus consecuencias en la salud humana un reciente estudio del profesor Gilles-Eric Serallini deja graves preocupaciones. (Véase: <http://www.semana.com/vida-moderna/bomba-transgenica/185417-3.aspx>).

que les buscan excusas para no pagar tratamientos costosos: quimioterapias, medicamentos para el Parkinson, el Alzheimer, la tisis, la gota, la lepra. Para ver un especialista hay que rogar por meses, para conseguir una cirugía de primera necesidad, a veces años. Según relata Moore, a través de lobistas las grandes aseguradoras compran nuestro sistema político para proteger sus fortunas y dominio de la sanidad. Linda Peeno declaró, ante el Congreso de Estados Unidos que en la lógica de la empresa privada los directores de los hospitales son recompensados por matar pacientes al negarles o demorar tratamientos necesarios que podrían salvar vidas (Moore, 2007). En Colombia, en 2011 el senador Jorge Enrique Robledo y el periodista Daniel Coronell señalaron, en el caso específico de Carlos Palacino, el absurdo de que presidentes de cooperativas como Saludcoop lleguen, en unos años, a poseer lujosos campos de golf, urbanizaciones enteras y compañías aseguradoras. ¿Cómo? Financiado campañas, sobre-facturando medicamentos, evadiendo impuestos y multa (León, 2011). Más allá del enriquecimiento de unos cuantos, el punto grave de la problemática vuelve a estar en la generalización de la matonería, lo que en el inglés americano se conoce como el fenómeno del *'bully'*, de las grandes empresas sobre sus obligados usuarios. La elección de los consumidores vuelve a ser una ilusión, la libre competencia no es otra cosa que la de una transnacional vanidosa mirándose al espejo del monopolio que ha configurado.

Y uno asume que hay un sistema correccional: unos fiscales, unos jueces, unas cárceles que, cuando no les alcanza el dinero para comprar, logran corregir no todos, no muchos, pero al menos algunos de los elementos pútridos de nuestra sociedad. Esa es otra ilusión. Hace poco, en agosto de 2011(b), la revista SEMANA denunció que “no se necesitan los contactos ni los millones de un capo” para corromper el sistema carcelario (de por sí una selección del hampa). Los mismos guardias cobran desde la entrada al penal hasta lo que la más alocada de las mentes pueda pedir: un celular, un gramo de cocaína, doscientas hamburguesas, una mototaxi para moverse dentro de la prisión (SEMANA, agosto 2011b). Se sabe, incluso, de guardias asesinados por sus compañeros al negarse a ser partícipes de la cultura en la que se trabaja (SEMANA, agosto 2011a). Esto sin entrar en otra realidad de a puño: que el sistema penal acusatorio lleva a la cárcel una cantidad de inocentes que, en cálculos ingenuos, podría ser la mitad de los condenados.

Porque que las cárceles sean un foco de criminalidad y no de rehabilitación puede no parecer una novedad para muchos (aunque uno se imagina a los reos y no a los guardas delinquiendo), pero que sea la justicia quien peque de injusta desmoraliza. Las personas tienden a pensar que el sistema obra con buena fe, que cuando se condena a alguien se está seguro que se trata de un criminal y que los injustamente condenados representan una minoría de 'casos aislados'. El documental *Presunto Culpable* (Hernández, Ibarra, Negrete, & Sosa, 2011), lleva a inferir lo contrario: el 95% de las sentencias son condenatorias; de estas, el 92% no están soportadas en evidencia material alguna (es decir, se condena con base en testigos). Bajo el procedimiento tradicional de estímulos por efectividad la policía alecciona para lograr condenas en quienes, sospechan, son culpables. Hay que reconocer que México cuenta con una dificultad adicional (partir de la presunción de culpabilidad en vez de la de inocencia), pero el resto de la problemática: un juez que no atiende, una fiscal que acusa porque le viene en gana, un comandante de policía que esconde evidencia, un testigo que se desdice con la brisa; es algo fácil de encontrar en la justicia colombiana (Hernández et al., 2011). Si no es la policía, ni son los tribunales, si no es la verdad, ¿quién puede a uno defenderlo? El panorama es desolador, porque el entorno mismo juega en contra de la rehabilitación, aun presuponiendo que haya voluntad.

¿Quiénes quedan honestos en este mundo de rufianes? ¿La televisión que nos educa? ¿Los eruditos escritores? ¿Los periodistas, paladines de la verdad? A mediados de 2011 el mundo también descubrió cómo Rupert Murdoch, uno de los hombres más ricos de la tierra y dueño de los más poderosos canales, periódicos, editoriales y empresas cinematográficas, el rey de las comunicaciones, el Ciudadano Kane, tenía interceptado al Reino Unido. A los poderosos, como es lógico: la familia real, los ministros, los directores de policía. Pero también a las víctimas. La mayor indignación provino del caso de Milly Dowler, la niña inglesa de 13 años.

Había desaparecido sin explicación, y durante los cinco meses que duró su búsqueda el único indicio de que estaba viva era que el buzón de su celular se llenaba y volvía a desocuparse. Eso les creó a los padres la falsa esperanza de que no hubiera muerto. Cuando apareció su cadáver y se reveló que los movimientos del buzón eran ocasionados por un hacker contratado por News of the World (el

periódico de Murdoch), Inglaterra entera se rebeló contra News Corp. (SEMANA, julio 2011)

Pero queda, tal vez, la impresión de que hablo de casos aislados, que me encuentro en una especie de *Truman Show*, asumiendo que algunas experiencias son las experiencias. ¿Qué falta? ¿Más ejemplos colombianos? Pero si no pasa un día en que no salga en la radio, en los periódicos, en la televisión aliada de Murdoch. El senador Juan Lozano denunció a principios de abril que Bienestar Familiar tiene congelada, por trámites burocráticos (porque no se han pagado los favores acordados), la alimentación de setecientos mil ancianos y niños (Sánchez, 2012). Otro senador, Jorge Robledo, denuncia que Bavaria acabó con la producción de cebada nacional para inflar el valor de sus cervezas con insumos importados (Robledo, 2009). Y lo conocido: que los políticos hacen tratos con la mafia, con la guerrilla, con los paramilitares. Con cualquiera que les traiga votos. En este país sostenemos varios récords: el de presidentes del Congreso encarcelados, el de investigaciones precluidas sin razón, el de líderes sindicales asesinados. Ah, y la joya de la corona de la corrupción: el escándalo de Foncolpuertos. La joya de las abiertamente ilegales, porque hay otras que viene un juez y dice que sí, que no, que mejor deje así. O unos senadores, como en los debates de control por las negociaciones de tierras entre las familias Santo Domingo y Uribe (Robledo, 2009).

¿O más ejemplos de multinacionales? ¿Hará falta recordar cómo la fracturación hidráulica con la que se enriquecen compañías como la British Petroleum, Exxonmobil y Encana contamina tanto el ambiente que, en las poblaciones cercanas a los puntos de extracción es posible prender fuego al agua de la llave? (Adlesic, Fox, Gandour & Roma, 2010). ¿Que durante años Bayer le suministró a Latinoamérica y los países asiáticos medicamentos infectados de SIDA para evitar la pérdida del inventario? (Bogdanich & Koli, 2003). ¿Que para elevar el precio de la electricidad la norteamericana Enron privaba del servicio a sus propios ciudadanos y entregaba la energía al mejor postor? (Joseph, 2008). ¿O que comenzando este siglo en Bolivia se desató una guerra porque una multinacional estadounidense⁸⁶ llegó a privatizar el servicio de agua, cobrándola como si manara de una fuente celestial?

⁸⁶ Bechtel, la séptima compañía privada más grande de Norteamérica, que factura 31.400 millones de dólares en ingresos y extiende su explotación a cincuenta países.

Hasta aquí un largo paréntesis para exponer una realidad a la que muchos le voltean la cara, que el tránsito cotidiano de la cama a la escuela ya nos ha enfrentado a un limbo de instituciones corruptas. En todo lado nos roban: si comemos, si enfermamos, si estudiamos, si compramos, si vendemos, si vivimos. Los banqueros: desde los libros de contabilidad conque los Medici evadían las leyes contra la usura en la Italia del siglo XIV, hasta la depresión mundial causada por la irresponsabilidad inmobiliaria de Goldman Sachs y Lehman Brothers hace algunos años (Pennink, 2008). Hasta los profesores, es un *vox populi*: hay muchas clases que son una ofensa, uno sale más bruto de lo que entró, o por lo menos embrutecido, atontado, embotado. Administración es el paraíso de las apariencias, de la hipocresía. El primer artículo del código de ética debería recordarle a muchos que un profesor de universidad está para explicar, para hacer que la gente entienda los más complejos problemas que aquejan a la humanidad, no para enredar y convertir simplezas en tormentos, adornando cada frase con exuberantes neologismos. A la mayoría les preocupa más parecer intelectuales exitosos (el traje, el tono, las palabrejas) que expresar una idea con claridad. Y eso es también un robo, cuando menos de imagen. Hace tres años causó revuelo, aquí en Manizales, la denuncia solitaria de un profesor acerca de las publicaciones universitarias y cómo los catedráticos inflan sus sueldos a través de ellas, llegando a publicar sinsentidos, plagios y repeticiones de artículos para contarlas en los incrementos. Así, se volvieron jugosos los puestos de control sobre las editoriales de las universidades, como la de la Nacional (Arango, 2009). Nuestros académicos, capaces de criticar con furia la base del capitalismo, el mecanicismo de Taylor y el fordismo, parecen incapaces de comprender que el objeto de esos incentivos es estimular la producción intelectual, no pagar pasajes a San Andrés ni viajes a Coveñas. Algo estamos haciendo mal si solo podemos repudiar la corrupción en ámbitos lejanos en el tiempo y en el espacio.

Es cierto que todos estos son hechos circunstanciales, pero insisto en que deberían decirnos algo. O nos dicen que no nos tocó la mejor de las épocas, que por una extraña casualidad cósmica cientos de individuos duros de corazón, de entre millones de buenos, subieron al poder; o nos dice que la corrupción, como la discriminación de los rasgos, es una pulsión natural, casi instintiva que, para poder combatir, debemos identificar. Tiendo a inclinarme por la segunda opción, porque también leí de Hitler y del mariscal Murat, de Nerón, de la mafia de Chicago, la de Atlantic City y la de Sinaloa, de la Inquisición y el Apartheid, de las

carreras de Mirtilo y el mordisco del Fenrir, que fueron equivocaciones ajenas a la pulcra humanidad de las personas corrientes. El mundo es injusto, y es nuestra culpa. Porque nos acostumbramos al crecimiento exponencial de la trampa: de las mentiras cotidianas al engaño sistemático de los profesores, de saltarse la fila en la cafetería a ganar semestres enteros sin haber estudiado, de encubrir un crimen a participar en las ganancias, de ser partícipe a cometerlo. Enfrentar la maldad de los dirigentes contra la supuesta pureza del pueblo es una frivolidad, un autoengaño. Puede que el sistema de producción privado (de patrón y empleado) favorezca la hipocresía y la injusticia, pero no creo que sea menos cierto que el entorno económico y político es en gran parte un reflejo de nuestras actitudes. De ahí la ubicuidad de la corrupción, porque aunque nos cueste admitirlo la sociedad también es un eco de lo que, como individuos, hemos querido ser.

Pero algo más quiero decir, que la corrupción en el sistema de mercado en que convivimos se basa en la costumbre de evadir las regulaciones para incrementar las ganancias, y que aunque esté en todos lados es bastante más grave en las empresas, que son quienes desarrollan las prácticas, las fomentan y las protegen. Todo esto en persecución de un paradigma: el crecimiento. Las empresas buscan, amparadas en la venia de la competitividad, crecer más que los demás (si es posible como los únicos), y crecer para siempre. La ambición, sin que nos diéramos cuenta, dio un triple salto mortal y de defecto impío pasó a considerarse un valor universal de nuestra sociedad tecnocrática y elitista. Y no. Para todo debe haber límites. Es mentira que debemos crecer hasta donde más podamos, desarrollarnos todo lo posible, apuntar al infinito. Hay que crecer hasta donde es pertinente, hasta donde es lógico.

Aceptar la culpa, y con ella la responsabilidad de cambiar las cosas, es el primer paso. Desde Rousseau y su Contrato Social lo repiten las conclusiones de todos los estudios arriba citados. Kenner aconseja comprar productos orgánicos, exigir información sobre lo que comemos, votar tres veces al día por alimentos sin modificaciones genéticas y, sobre todo, impulsar cambios en las subvenciones a la agricultura. Moore llama a los norteamericanos a exigir a su congreso una reforma del sistema de salud, de ser posible luchar por la gratuidad, como en Francia, Cuba o el Reino Unido. Los directores de Presunto Culpable han emprendido una cruzada, hasta donde tengo noticia estéril, contra la presunción de culpabilidad en México. La censura ha

llegado a prohibir la venta del documental y el tema, con el tiempo, está cayendo en el olvido. Los ciudadanos tenemos el poder, el pueblo es soberano, reiteran campañas como Kony 2012. Sí, pero lo que pretendo sugerir aquí es otra cosa.

La lucha continua contra los infinitos brotes de corrupción es insostenible: no se puede estar uniendo la comunidad para cada tema, ni elaborando documentales para todos los casos. Entre otras cosas porque su efectividad irá perdiéndose y terminará por volver indolente a la sociedad que hoy pretende azucarar. También porque las uniones son temporales, los escándalos pasan y los ánimos desfallecen, aunque los problemas persistan. Propongo analizar dos cosas: el modelo de desarrollo, desafortunadamente exportador, y la cotidianidad, que despotrica contra la corrupción pero acoge con deleite la ambición.

En la base de muchos de nuestros malentendidos no siempre están elaboradas conspiraciones de millonarios, sino actitudes más personales, que alentamos en nuestros amigos y familiares. La corrupción puede ser un fenómeno ubicuo, pero lo alienta una actitud íntima: la ambición. Porque en nuestra educación, desde los culpables gurús del *marketing* hasta los inconscientes tenderos, nos vendieron una mentira haciéndonos soñar con familias armónicas, sonrientes y elegantes que ganan mil millones de dólares al año. Han vendido una mentira al hacer creer que una fortuna de esas puede construirse sin grandes sacrificios humanos, naturales y sociales. Sin grandes trampas, aunque sean solo éticas. Mintieron con frases que repiten hasta los párrocos de pueblo cuando invitan a poner nuestras metas en lo más alto, cuando enseñan a apuntar al cielo de trajes Armani, relojes Piguét, helicópteros y guardaespaldas. Crecer sin límites es una premisa mórbida. La vida de los millonarios no es sostenible, no es viable y no es ni siquiera elogiable. Es, como ya habría dicho Borges, una vergüenza. Para un país es tan vergonzoso que haya ricos como que haya pobres, que haya ejecutivos con Ferraris como que haya mendigos. Que nunca se nos ocurra pensar que hay elegancia en las cosas que más nos cuestan, como los restaurantes que sirven lenguas de faisán, las *boutiques* que venden zapatos de cocodrilo o los diamantes que desatan guerras civiles. Es enfermo el mecanismo en el que a un producto, por su altísimo costo humano, se le imponen unas sanciones que elevan su precio (digamos las camionetas Hummer, que por su nivel de contaminación se encuentran en un régimen tributario especial), y este incremento de

precio por costo incrementa la demanda, porque el imaginario colectivo relaciona elegancia con costo y costo con exclusividad, sin percibir lo nocivo del sistema que hay detrás. Ese no puede ser el ideal de nuestra sociedad, porque entonces nuestra sociedad se basa menos en la libertad que en la injusticia, en la inequidad, en el presupuesto de que para que se cumpla un sueño es necesario destruir dentos.

Hay que hacer menos cosas, y hay que hacer mejores cosas. El futuro de este planeta depende de que sus próximos administradores comprendan que nos mintieron al enseñarnos que siempre es mejor más rápido, más grande y más barato. No es justicia y no es desarrollo que algo que es bueno se extienda como un cáncer por el mundo, el verdadero progreso está en que en todo el mundo se produzcan cosas buenas, aunque solo unos pocos puedan disfrutar de ellas. Ahí está el placer de la vida: en la variedad, en las posibilidades. Que la mejor pasta con provolone se consiga en Italia, que en Estados Unidos esté la mejor falda de res, que en Colombia entendamos que es más digno preparar unos buenos frijoles y un caldo de costilla que exportar cien millones de unidades para los chinos.

Cómo nos mejoraría la vida si [...] en vez de adoptar tantos modales ridículos de hidalgos, [...] aprendiéramos a hacer un buen arroz, a cocinar un conejo como se debe, a atender sin remilgos un niño, un viejo o un enfermo. (Abad, 2010)

Nuestro sueño aprendido es ser gerentes, presidentes, accionistas mayoritarios de una cadena. ¿De qué? Ni idea. De lo que más plata dé, lo que sea más distinguido.

Pocos que se dediquen a cultivar pescados o a ordeñar vacas, a diseñar motores y sillas, a fabricar herramientas útiles. Nada: todo lo útil y novedoso tecnológicamente, tenemos que importarlo. Casi no hay panaderos que hagan un pan decente, ni cocineros que guisen un plato comible. (Abad, 2010)

Desde aquí, desde la administración, hay más que hacer que dar '*likes*' en Facebook y '*favs*' en Twitter. Aquí, se supone, debatimos la pertinencia y los objetivos del progreso, y entregamos al mundo, a través de nuestros egresados, nuevas ideas y modelos de negocio. Más en un país que lucha con afán por salir de la categoría tercermundista. Aquí necesitamos más ideas, no más productos importados, empleos más y

no menos estables. Resulta muy difícil entender cómo los países del subdesarrollo planean salir de él recibiendo, por *'outsourcing'*, lo que desecha el primero. La producción industrial viene al tercer mundo no a mejorar la calidad de vida, sino a reducir los costos, y sale de allá ante la falta de seres humanos dispuestos a humillarse y evitando la constante crítica. ¿Traerá empleos? Sí. Y dinero, pero no desarrollo. Porque Colombia no está en disposición (ni siquiera legal porque los acuerdos de los tratados de libre comercio lo impiden) de aplicar los modelos asiáticos de traerse las industrias, copiarlas y expulsarlas para fortalecer las nacionales. Lo que se llama *'apropiación tecnológica'*. Y además, el arquetipo es siniestro⁸⁷: los menores salarios *per cápita*, los mayores índices de explotación de la mano de obra, la contaminación ambiental más concentrada y grave del mundo. iPads y computadores modernos a la mano, sí, pero de nuevo: eso solo es bueno en un paradigma de que mejor es más rápido, más grande y más barato. El desarrollo no son computadores y blackberrys, no es cemento ni edificios o autopistas. La verdadera civilización de una sociedad no debe medirse con la lógica del *'body count'* de la guerra de Vietnam (por quien en conjunto tenga más dinero, más hamburguesas, más carros), sino por sus niveles de igualdad social, de distribución equitativa de la riqueza, de mendicidad reducida (por cómo estén repartidos esos carros, esas hamburguesas, ese dinero). Es claro que algunas producciones masivas nos facilitan la vida, las camisetas blancas y los zapatos negros, pero esto no implica que todas puedan o deban serlo. Cualquier servicio público, cualquier bien de primera necesidad (agua, energía, salud, combustible, comunicación) debe ser regulado para asegurar el abastecimiento de las localidades donde se produce. Si algo hay que exportar, si algo hay que mostrarle al mundo, que sean accesorios, parafernalia: licores y fuegos artificiales, yates y aviones con baño de oro, pinturas y novelas policiacas. La ruta de la seda era precisamente para eso: para seda, piedras y metales preciosos, telas de lana o de lino, ámbar, marfil, laca, especias, vidrio y corales. ¿Dónde estaría Shangai si, en vez de telares, hubiera negociado el río Huangpu?

Un modelo que privilegie lo artesanal y limite la industrialización a bienes de primera necesidad y la exportación a suntuarios no es inimaginable. Y aquí hay que aclarar que artesanal no significa pequeño solo como para el barrio, ni trabajo a pérdida, ni entre dos personas, ni

⁸⁷ Tanto que solo funciona bajo el látigo férreo de un régimen de único partido comunista.

vestido de ruana y sombrero. No es desprecio de elementos tecnológicos, ni implica cocinar en ollas de barro y con cuchara de palo. Una empresa artesanal es aquella consciente de para quién produce: un pequeño mercado o, cuando mucho lo que, hoy por hoy, se considera un mercado medio, el nacional. La artesanía modifica las recetas si y solo si se trata de encontrar nuevas formas de hacer el producto más agradable, más aromático, más amable. Nunca para abaratar los costos, como hacen las cerveceras reemplazando la cebada por arroz, o las cadenas de comida rápida engordando sus reses con maíz. El artesano permanece en contacto con lo que vende. Sabe que la honestidad de su negocio depende menos de cuánto pueda él controlar la empresa que de cuánto la empresa pueda controlarlo a él. Y para eso, cuando menos, hace falta encontrarse en la misma geografía (vivir en el país en que se comercia). La pretensión de hacer metástasis en el mundo entero es la que hace monstruosos los negocios, porque la desproporción elimina la posibilidad de responder por ellos, y a veces hasta de procesarlos en términos judiciales. Desdibuja las industrias, y las convierte en seres independientes por encima de controles legislativos, administrativos o judiciales.

En Baltimore un joven chef llamado Duff Goldman decidió reunir a sus amigos bajo un lema: *'We have fun with every cake We make'*. En compañía de Geof Manthorne, un arquitecto de Maryland, Goldman se propuso integrar la repostería con la construcción de modelos arquitectónicos. Así nació Charm City Cakes, una pastelería diferente, dedicada a las creaciones temáticas, a la locura de convertir perros, naves espaciales y fantasmas en pasteles. La idea ha resultado tan exitosa que hoy cuenta no con uno, sino con dos shows de televisión, y a través de dos sucursales vende sus productos desde Wichita a Los Ángeles. Otro ejemplo del lema *'push the boundaries'* es la cervecería artesanal, un movimiento que cada vez toma más fuerza en Norteamérica, e incluso en países de cultura aprendida, como Colombia, donde ya hay cerca de cincuenta pequeñas y medianas empresas trabajando en este tema. De allí han surgido, en Estados Unidos, negocios tan destacables como Dogfish Head, conocida por sus excéntricas combinaciones y esfuerzos por resucitar recetas antiguas, como la icónica Midas Touch, una bebida elaborada siguiendo una fórmula de 2700 años de antigüedad. En Colombia encontramos la Bogotá Beer Company, que se autodefine como 'la cervecería pequeña más grande de Bogotá' y que cuenta en su catálogo trece bebidas

malteadas de todos los colores y sabores que la cebada permite. En Medellín la Inducerv, dueña de la Cerveza Apóstol Premium. En Manizales, en proceso de desarrollo, dos empresas que comenzarán a ofrecer rojas, rubias y negras para el mercado local (Cerveza Pasión Colombia, 2012). Compañías que han luchado por la internacionalización y la industrialización, como Cream Helado, de Bogotá, también han encontrado en la artesanía su estrategia futura. No es coincidencia que los mejores productos que hayan sacado al mercado en la última década sean una línea de sabores exóticos bajo el rótulo de 'helados artesanales' que ofrecen, entre otras locuras, helado de tres leches, de maracuyá y leche condensada, de cocada con arequipe. Ante la inminente competencia de titanes como la ya consolidada multinacional Dreyer's Grand Ice Cream, que hoy produce veinticinco millones de litros por año y que será traída a nuestro país por el tratado de libre comercio; para una industria que solo es grande en un mundo de enanos, como Cream Helado, dar la pelea en vainilla, fresa y chocolate sería suicida (History Channel, 2007).

Es posible competir en mercados de multinacionales (el tabaco, el entretenimiento, las armas...), con ideas que no aspiren a ser una de ellas, alcanzar una calidad superior a los industriales y educar el mercado a que compre por estas cualidades. En cambio no es probable producir gaseosas a menor costo que Coca-Cola, ni cerveza a menor costo que Bavaria, ni carros a menor costo que General Motors. No hay cómo mejorar los precios de quien monopoliza los insumos (y sobre todo el subsidio para la producción de insumos), ni cómo superar las cantidades de quienes por sí solos suple la demanda mundial, pero sí hay cómo hacer mejores cosas, para nosotros mismos. La globalización es una realidad. Pero ni es omnipotente, ni existe una única fórmula para enfrentarla. Es posible imaginar una empresa sin la ridícula misión de 'ser el líder', 'ser el principal productor', 'suplir la demanda'. Y que en cambio se proponga objetivos reales, humanos, fundados: un mejor producto, una mejor calidad de trabajo, la conformación de un equipo honesto, una ética fuerte.

Mencioné al comienzo que la libertad como valor absoluto es un sofisma. Por último señalo que también lo es la igualdad. Abusar de cualquiera arruina la vida. Los seres humanos somos distintos por naturaleza, y que una dictadura nos equipare es acaso peor que el que nos divida la enfermedad de la acumulación de minerales. Algo se tiene

que haber aprendido de los experimentos socialistas y comunistas del siglo pasado; en principio, que experimentar con la libertad no resulta bien. Y lo que machacan a diario los defensores del capitalismo salvaje: que en la seguridad, en la sana competencia, la tecnología avanza más despacio. Puede que sí, pero eso es tolerable, de repente hasta benéfico. Los veinte millones de muertos que nos dejó Stalin nos recuerdan que no vale de nada la justicia social sin libertad. Los excesos de las multinacionales hoy nos vuelven a decir que tampoco vale mucho la libertad sin justicia.

Referencias

- Abad, H. (2010). *Hidalgos y doctores*. *Elespectador.com*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/opinion/columnistasdelimpreso/hector-abad-facioline/columna-228783-hidalgos-y-doctores>
- Adlesic, T., Fox, J., Gandour, M., Roma, D. (productores) & Fox, J. (director). (2010). *Gasland* [Documental]. Estados Unidos: International WOW Company.
- Arango, P. (2009). La farsa de las publicaciones universitarias. *El malpensante.com*, (97). Recuperado de http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=1031
- Bogdanich, W. & Koli, E. (2003). Bayer vendió a Latinoamérica y Asia fármacos con alto riesgo de contagiar el sida. *El País*. Recuperado de http://sociedad.elpais.com/sociedad/2003/05/22/actualidad/1053554402_850215.html
- Cerveza Pasión Colombia. (2012). *Cerveza-Pasión-Cerveza-Colombia*. Recuperado <http://www.facebook.com/pages/CERVEZA-PASION-CERVEZA-COLOMBIA/188845840876>
- Hernández, R., Ibarra, Y., Negrete, L., Sosa, M. (productores) & Smith, G., Hernández, R. (directores). (2011). *Presunto Culpable* [Largometraje documental]. México: Abogados con Cámara; Instituto Mexicano de Cinematografía CONACULTA; Fondo para la producción cinematográfica (FOPROCINE).
- History Channel. (2007). *Maravillas Modernas. Los secretos de la comida chatarra*. Recuperado de <http://www.youtube.com/watch?v=7iwWgB8ljgQ&feature=relmfu>
- Joseph, P. (productor y director). (2008). *Zeitgeist: Addendum* [Documental]. Estados Unidos: GMP
- Kenner, R., Pearce, R. (productores) & Kenner, R. (director). (2008). *Food, Inc.* [Documental]. Estados Unidos: Participant Media, River Road Entertainment, Magnolia Pictures.

- León, J. (2011). Robledo y Coronell lograron poner a Saludcoop contra la pared. *La Silla Vacía*. Recuperado de <http://www.lasillavacia.com/historia/robledo-y-coronell-lograron-poner-saludcoop-contra-la-pared-24282>
- Moore, M. (Director y productor). (2007). *Sicko* [Documental]. Estados Unidos: The Weinstein Company / Dog Eat Dog Films.
- Pennink, A. (Productor y director). (2008). *The Ascent of Money* [Película]. Rusia: Channel 4, BBC y Chimerica Media Production.
- Robledo, J. (2009). *Otra Zona Franca bastante especial*. Polo Democrático Alternativo MOIR. Recuperado de <http://www.moir.org.co/OTRA-ZONA-FRANCA-BASTANTE-ESPECIAL.html>
- Sanchez, J. (entrevistador). Lozano, J. (entrevistado). (2012, 5 de abril). El senador Juan Lozano se refiere a la denuncia en contra del director del ICBF, Diego Molano por el incumplimiento en el programa de soporte nutricional. *La W Radio*. [Archivo de audio]. Recuperado de <http://www.wradio.com.co/noticia/el-senador-juan-lozano-se-refiere-a-la-denuncia-en-contra-del-director-del-icbf-diego-molano-por-el-incumplimiento-en-el-programa-de-soporte-nutricional/20120412/nota/1668756.aspx>
- Schlosser, E. (2012). *Fast Food Nation: The Dark Side of the All-American Meal*. Boston, Estados Unidos: Houghton Mifflin Harcourt.
- Semana. (2011a). Casos. *SEMANA*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/casos/162272-3.aspx>
- Semana. (2011b). Despelote en las cárceles. *SEMANA*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/despelote-carceles/162271-3.aspx>
- Semana. (2011c). Jaque al Rey. *SEMANA*. Recuperado de <http://www.semana.com/gente/jaque-rey/160457-3.aspx>